

EL AGLIPAYANISMO ES HEREJIA

(Continuación.)

¿Es Dios espíritu puro?

AGLIPAYANISMO; NO.

(“Catequesis” pág. 10). (Dios). *Es espíritu puro?—Está demostrado que no hay fuerza sin materia. Un espíritu puro... no puede obrar sin ésta. Así, pues, aunque Dios parece invisible, no debe carecer de cierto cuerpo.*

(pág. 14)... *no ha sido aún descubierta la naturaleza de Dios...*

(pág. 10). *La ciencia no la ha descubierta aún...*

(pág. 11)... *Dios, pues, es la primera causa, el principio de todo, que aún no han llegado a descubrir los sabios en sus investigaciones...*

(pág. 35). *¿Qué es Deísmo o Teísmo?—Es la creencia en un Dios, espíritu puro, sobrenatural...*

(pág. 36). *¿V. cree en la existencia de algo sobrenatural?—No; señor...*

CATOLICISMO; SI.

Dios es espíritu. (S. Juan, 4, 24).

Un espíritu no tiene carne ni hueso. (S. Lucas 24, 39).

Si alguno dijere que es una y la misma, la substancia o esencia de Dios y la de todas las cosas, sea excomulgado. (Concilio Vaticano, can. 3).

¿Es Dios uno en esencia y trino en personas?

AGLIPAYANISMO; NO.

(pág. 13). *Y ¿de dónde han sacado la pretendida Trinidad?—Del ingerto de la Trinidad de Platón...*

(pág. 14). *Hasta las matemáticas, que son las ciencias exactas por excelencia, serían una fantasía, de ser cierto que tres sean uno al mismo tiempo, y viceversa.*

(pág. 13). *¿Y el cap. XXVIII, vers. 19 de San Mateo, en el que Jesús ordena bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo?—Fue una evidente interpolación posterior...*

(pág. 60). *Esa Trinidad de dioses es imaginaria, no bíblica.*

(pág. 45)... *no admitimos ningún dogma, ni más revelación que la Naturaleza.*

CATOLICISMO; SI.

Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (S. Mateo, c. 28, v. 19).

Esta es, pues, la salvación de los cristianos, que, creyendo en la Trinidad, es decir: en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, creamos sin duda que hay en ella una verdadera y sola divinidad, potencia, majestad y la misma substancia, a fin de que merezcamos alcanzar la vida eterna. (Concilio Romano, 4.º c. 24).

Así como enseña la verdad católica que cada una de las tres personas es Dios y Señor; así también nos prohíbe la religión católica decir que hay tres dioses. (Símbolo de S. Atanasio.)

¿Es Dios Omnipotente?

AGLIPAYANISMO; NO.

(pág. 12). *¿Dios es omnipotente?—Quizás... pero no podemos asegurarlo con cer-*

CATOLICISMO; SI.

Yo soy Dios Omnipotente. (Génesis, c. 17, v. 1).

teza; sólo sabemos que es prepotente, poderosísimo; pero no tenemos ninguna prueba de que él pueda hacer lo que de suyo es imposible; verbigracia, contrariar al Universo. Otro ejemplo: Dios no puede pecar, porque él mismo lo prohíbe.

Oh Padre, todas las cosas te son posibles. (S. Marcos, c. 14, v. 36).

Omnipotente el Padre, Omnipotente el Hijo, Omnipotente el Espíritu Santo; pero sin embargo no hay tres Omnipotentes, sino un solo Omnipotente. (Símbolo de S. Atanasio).

P. DE ISLA.

(Continuará).

AL MARGEN DE LA VIDA

HISTORIA TRISTE.

¡Pobre amigo mío! ¡ojalá que cuando vuelvas, si es que llegas a volver, "las aguas del olvido te hayan curado"!

¡Ojalá que cuando vuelvas, si es que llegas a volver, hayas aprendido que la vida, como muy bien acertó a decir no sé qué autor, es mitad trabajo heroico y mitad espectáculo estético; que si guarda para el hombre placeres supremos e inefables deleites en la contemplación de la belleza y hermosura de las cosas, exige también de él ruda brega y constante lucha con lo humano, con lo meramente prosaico, que necesariamente ha de posarse en el fondo de esas mismas cosas!

¡Ojalá que cuando vuelvas, si es que llegas a volver, hayas aprendido que así como la espada se temple entre el fuego y el agua y se forja entre el yunque y el martillo, la vida necesita templarse y forjarse también entre la risa y el llanto, entre la alegría y la tristeza entre los crueles zarpazos del dolor y las suaves caricias de la felicidad!... Quizás entonces puedas vivir feliz y tranquilo en medio del egoísmo de nuestra época, que, al decir de un gran novelista, por llevar el corazón en la cabeza, se ríe de los que lo dejan latir dentro del pecho.

Porque así es mi amigo: le cupo en suerte, no sé si por fortuna o por desgracia, un muy noble corazón, un muy hermoso corazón, dotado de una sensibilidad extremadamente exquisita, grandemente delicada.

Dejose llevar de sus generosos impulsos; pensó y sintió siempre al unísono de sus latidos, palpitaciones que eran de lo divino; quiso realizar en la vida práctica los bellos ideales que en él abrigaba; amó en fin por amor, cuando los demás aman por algo más o por algo menos y al advertir que la sociedad, a la que el creyó animada de sus mismos ideales y sentimientos, lo acogía en su seno con la mortificante sonrisa de la ironía o la estrepitosa carcajada del desprecio, hubo de sentir todas las amarguras del fracaso, del desencanto y la desilusión; esas amarguras que las gentes ni ven ni aprecian, o si las notan, les importan nada...

Quiso trabajar con fé y entusiasmo, con absoluto desinterés y arrogante independencia en el campo de la prensa, de la literatura, creo que hasta en el de la política, tan árido e ingrato para los que no sienten vocación de vividores, y de todos ellos salió con una ilusión menos y un desengaño más.

Por eso cada día notaba yo que iba acentuándose aquel tinte suave de melancólica simpatía que prestaba a su rostro, de suyo ya hermoso, una belleza más en la belleza. De faz ovalada, un poco añorada tal vez, de ojos rasgados de profundo y dulce mirar, al través de los cuales se adivinaban todas las ternuras y todas las delicadezas de su corazón, diríase que parecía un ángel, que, forzado a vivir en las estrecheces de la tierra al contemplar las miserias y dolores de este despreciable mundo, añoraba,

como solo los ángeles podrían hacerlo, las riberas eternas del cielo y sus horizontes bañados de luz inmortal.

Hasta en sus sonrisas había un sedimento de amargura. ¡Un hombre con nostalgias divinas!... ¡Un enfermo del ideal!...

Nos conocimos siendo todavía muy niños: hicimos juntos la primera enseñanza y ya desde entonces sentí hacia él un cariño casi fraternal, que ni mi carácter ni las vicisitudes de la vida han conseguido disminuir. Gustaba mucho de la música, de la poesía, de todo cuanto hablase a su alma el sublime lenguaje de la belleza y a pesar de su corta edad sabía apreciar el valor y el mérito de muchas obras, que, sólo después de varios años, he llegado a comprender un poco.

Después la vida nos llevó por distintos caminos. Pero al cabo de algunos años llegamos de nuevo a encontrarnos. Juntos nos presentamos a unas oposiciones y el éxito coronó nuestros estudios y trabajos. Adquirió entonces un título, pero un título por decirlo así de adorno, de lujo: su madre tenía mucho dinero y adoraba en su hijo, que era el único que le quedaba.

Se hizo periodista y escribió notables artículos en defensa de un bello ideal y... fracasó. Escribió un libro en defensa de ese mismo bello ideal... pero nadie lo compraba, nadie lo leía. En un generoso arranque de su hermoso corazón pretendió sacrificar su fortuna y su talento en aras de ese bello ideal... y se estrelló ante el abandono de unos, la guerra de otros y la apatía de todos.

Llegó casi hasta perder la esperanza: ¡lo último que nos resignamos a perder!...

Pero un día sucedió lo que tenía que suceder. Vió a una mujer y se enamoró de ella. Aquello abrió un paréntesis de felicidad en su vida de contrariedades y desencantos. Me dijo que era muy bella, pero sobre todo buena, muy buena. Y él la quiso con toda la ilusión de sus juveniles años, con toda la rectitud de su educación cristiana y con todo el fervor de su alma de poeta. Y le alentó de nuevo la esperanza, pensando que tal vez en el seno de un hogar feliz y cristiano, del que llegaría a ser padre y jefe, vería realizado su bello ideal.

Pero a los pocos meses... se cansó ella de él. ¿Por qué?... ¡Pero si todo se lo había consagrado!... ¿Ofenderla?... Ni con el pensamiento. ¿Pues entonces... por qué?... Y él se desesperaba sin explicarse la causa de aquel abandono.

Se lo confesó ella a su amiga.—No me gusta. ¡Qué quieres! Es demasiado romántico, demasiado poeta. A mí me gusta que los hombres sean alguna vez... así un poco hombres, un poco brutos.

¿Quién tendría razón?...

Y fué una tarde, una tarde impregnada de melancolías,